

EL MAESTRO Y EL MAESTRO DEL MAESTRO

IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO E HILARIÓN FRÍAS Y SOTO

Oscar Mata*

Se debe a Hilarión Frías y Soto y a Ignacio Manuel Altamirano la consolidación del género novela corta con todo el estatus de una obra de arte.

En vida fueron maestro y alumno, patriotas y liberales, famosos periodistas que incursionaron de manera excepcional en el género novelístico. El vocablo excepcional en este caso posee un doble sentido: excepcional por la alta calidad de sus obras y excepcional por lo escaso de ellas. En efecto, Hilarión Frías tan sólo escribió una novela corta y su discípulo Altamirano únicamente completó tres. Dentro de sus extensas producciones, el género intermedio constituye una excepción. No obstante, sus novelas cortas se presentan como trabajos de autores plenamente formados, que emanan de plumas educadas y pulidas en la práctica diaria del periodismo. En la actualidad, Ignacio Manuel Altamirano disfruta de un reconocimiento y un prestigio muy merecidos, en cambio Frías y Soto está injustamente relegado a un plano secundario.

Médico cirujano de profesión, ironista y crítico implacable, Hilarión Frías y Soto (1831- 1905) tomó las armas en las guerras de Reforma y de la Intervención. Fungió como redactor en

* Área de Literatura, Universidad Autónoma Metropolitana -Azcapotzalco.

jefe de la revista *La Orquesta*, escribió piezas teatrales y ensayos, así como las prosas breves reunidas en *Album Fotográfico*. Tuvo dos seudónimos: “El Portero del Liceo Hidalgo” y “Safir”, con este último publicó *Vulcano*, en una edición de *El Diario del Hogar* que ocupó 55 páginas.¹

Inspirado en el dios cojo, el dios del oro, *Vulcano* es un texto sin desperdicios. En la portada se le presenta como “novela realista”, pero en realidad es una novela corta, una narración de unas seis mil palabras, la mejor escrita en México hasta ese momento, que Altamirano tuvo muy presente al escribir sus noveletas. La fuerza narrativa de *Vulcano* emana del mito, de su recreación en la sociedad mexicana de mediados del siglo XIX. Frías y Soto se vale del relato mítico, así como antes Manuel Payno y José María Roa Bárcena se habían servido de tradiciones y leyendas para plasmar textos sobresalientes (“El lucero de Málaga” y “Buondelmonti”), enjutos de palabras y plenos de significado. *Vulcano* cuenta la historia de Filomena, una hermosa y rubia limosnera que hace carrera de trepadora en los círculos sociales de la capital, con el nombre de Julia. En su tratamiento, Frías y Soto evita reiteraciones, descripciones superfluas y, aunque hace crítica social, huye de cualquier actitud catequizante. Tal austeridad produjo la riqueza de *Vulcano*, que bien puede ser catalogada como obra amorosa, realista y de tesis o crítica social. El narrador de *Vulcano* recibe la historia escrita por el protagonista, quien rescató a Filomena de la miseria y contrajo deudas para instalarla con todas las comodidades. Ella aprende muy pronto las artes de la seducción, le exige lujos y se va con uno de los acreedores cuando embargan a su primer

1. Juan B. Iguiniz. *Bibliografía de novelistas mexicanos*. México, SRE, 1926. p. 138.

protector. Vuelven a encontrarse años después, en un baile. Para ese entonces la pérfida se hace llamar Julia, ha enviudado y está a punto de casarse con un viejo muy rico, un Vulcano. Sin embargo, le sigue gustando el narrador y le propone que sean amantes, no esposos como pretende él, ya que ella está acostumbrada a un tren de vida que su joven admirador no puede sostener. La noche de bodas apresan al flamante marido de Julia, quien pasa la noche con el narrador, con lo que se cumple la primera parte del mito de Vulcano y Venus. El amante embaraza a Julia. Ella así lo ha planeado, pues con un hijo podrá quedarse con la fortuna de su esposo, que pretende quitarle la familia de éste. Obliga a su amante a guardar el secreto y lo abandona de nueva cuenta. Sin embargo, ella y el bebé mueren durante el trabajo de parto. La noveleta termina con estas palabras: “Vulcano, el dios cojo, el dios del oro, debía ser el emblema de nuestro siglo”.² Hilarión Frías y Soto las escribió a propósito del XIX, perfectamente podrían aplicarse al XX. Hay que lamentar que el autor sólo haya escrito un texto de esta índole, en el cual se mostró como un consumado novelista, y dedicara sus mayores esfuerzos a la prensa. No obstante, esta pequeña obra maestra fue determinante en la formación del mentor de los novelistas mexicanos de la segunda mitad del siglo pasado.

En cuanto a la clasificación de esta obra fuente, de la cual brota la gran novela corta mexicana, Juan B. Iguiniz la consigna como novela realista, R. E. Warner de plano la ignora y J.S. Brushwood escribe el curioso fragmento que a continuación se cita:

2. Hilarión Frías y Soto. *Vulcano. Album fotográfico*. México, Premiá, 1984. p. 26 (La Matraca, segunda serie, 7)

Vulcano, de Hilarión Díaz (sic) y Soto, novela única de un periodista famosísimo. Tal vez no sea correcto llamar novela a este libro. Es más bien corta, pero el tiempo de la acción y los cambios de escena, así como la transformación de la personalidad de la protagonista femenina, hacen que la acción implícita sea desproporcionada para un cuento.³

Obviamente *Vulcano* resulta muy grande para ser cuento y sus dimensiones ni por casualidad se acercan a las de una novela. Entonces, ¿por qué no llamarla novela corta en lugar de reconocer que “es más bien corta”? Parecería que no existieran ni el término ni el concepto novela corta o que hubiera una ley o una consigna que prohibiera su uso.

Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) rompe el prototipo del escritor primerizo que se aventura en la narrativa escribiendo “novelitas”, fenómeno que se repitió una y otra vez con todos los autores de la naciente novelística mexicana durante la mayor parte del siglo XIX. Es un hombre maduro quien publica la novela corta “Una noche de julio”, con una experiencia y un aprendizaje previos, representados por la creación de una novela *Clemencia*, también obra de madurez, a la que precedió el trabajo de traducción de otra novela, “Las tres flores”. El historiador de la literatura mexicana Carlos González Peña no cree que Altamirano haya sido el traductor de esta última obra, sino que el maestro guerrerense la escribió, obviamente a manera de ejercicio, y que optó por presentarla como un trabajo ajeno.

Las tres flores, cuentecillo de ambiente extranjero, aunque de pronunciado sabor a romanticismo mexicano que Altamirano afirma haber traducido como estudiante, pero que hay motivos

3. John S. Brushwood, *México en su novela*. México, FCE, 1973. pp. 182-3.

para conjeturar que sea original y propio, el cual, publicado en el *Correo de México* en 1867 con el título de *La novia*, fue reproducido con el que ahora tiene en *El Renacimiento*.⁴

Otros autores incursionaron en el campo de la novela firmando sus obras con pseudónimo, con sus iniciales o de plano se abstendían de firmar sus composiciones; Altamirano, al presentar como una traducción una obra primeriza suya, hubiera observado un comportamiento no muy diferente al de los novelistas mexicanos que lo precedieron. Sin embargo, con el paso del tiempo la hipótesis del historiador de la literatura mexicana González Peña ha ido perdiendo fuerza; José Luis Martínez asienta al respecto:

Las circunstancias de que, en algunas de sus publicaciones *La novia* o *Las tres flores* haya aparecido con el subtítulo de "Cuento alemán" o "Cuento bohemio", hicieron suponer a algunos, olvidando la indicación final que dice siempre "Traducido por I.M.A." que fuera original de Altamirano, o bien una paráfrasis o imitación como las que se acostumbraban entonces. Pero aunque no haya sido posible, hasta ahora, precisar el autor original del cuento, creo que Altamirano fue sólo su traductor y aunque, con alguna ayuda, pudo haberlo vertido directamente del alemán.⁵

Traducciones o creaciones propias aparte, el interés del maestro nacido en Tixtla por la novela era genuino. En 1868, había reflexionado sobre el género novela que, en su obra, representa una consecuencia, un logro buscado y meditado, no

4. Carlos González Peña. *Historia de la literatura mexicana*. 2a ed. México, Cultura y polis, 1940. pp. 244-5.

5. José Luis Martínez. Prólogo a *Obras completas de Ignacio Manuel Altamirano III. Novelas y cuentos I*. México, SEP, 1986. p. 10.

una mera etapa de aprendizaje. Así, Altamirano enfrenta la novela corta como un hombre ya formado y sólo después de haber producido una buena novela, *Clemencia*, se aventura en la forja de la noveleta. De esta forma repite la trayectoria de Fernández de Lizardi, de *El periquillo sarniento* a *Don Catrín de la fahenda*, la primera es más importante por su estatus de novela pionera, pero la segunda está mucho mejor plasmada, y –de cara al futuro– se asemeja a una buena cantidad de narradores del siglo XX que llegan a la novela corta ya plenamente establecidos como escritores y se valen del género intermedio para producir obras redondas, en muchos casos maestras.

La obra novelística de Ignacio M. Altamirano es relativamente escasa, se compone de dos novelas y de tres novelas cortas, amén de un par de fragmentos de novela o, si se quiere, novelas cortas no terminadas. Altamirano debuta en la novela corta con “Una noche de julio”, publicada en *El siglo XIX* en 1870, posteriormente la llamó “Julia”, su título definitivo. Tenía 36 años, estaba –permítase recalcarlo, ya que al paso del tiempo se ha logrado establecer que la novela es un género propio de la edad madura, los años medios– en la madurez; En los siguientes dos años publicó sendas novelas cortas: *La navidad en las montañas* (1871) y “Antonia” (1872). A estas tres novelas cortas hay que agregar dos novelas inconclusas: “Beatriz” (1873-4) y “Atenea” (1889), publicada póstumamente en 1935. En conjunto, estos títulos –a los que habría que agregar la novela *El zarco* (1901)– no representan ni la décima parte de lo que publicó; sin embargo, buena parte de la fama y el prestigio del maestro se deben a su obra de novelista y teórico de la función de la novela en la cultura mexicana. Su trabajo como narrador –sin duda alguna lo más leído de cuanto escribió– está compuesto por una obra corta, pero altamente significativa.

En 1950, Ralph E. Warner no se anduvo por las ramas para declarar lo siguiente:

Desde un punto de vista estrictamente literario, *Clemencia* es la novela más importante del siglo hasta la fecha. Como demostró el autor en sus revistas literarias, un estilo claro y elegante en lo posible era una de sus preocupaciones principales. Además, la obra... es el primer caso de novela bien pensada, que va derecho a su fin sin perderse en tramas complicadas. Por su estilo sencillo y por la unidad de la forma y de los personajes —a pesar del inevitable romanticismo— *Clemencia* es la primera novela moderna de México.⁶

La simplificación de la trama, que sobre todo consistía en aligerarla de la maraña de complicaciones propias del folletín, marcaba una línea divisoria entre la manera de novelar de Altamirano y aquellos mexicanos que lo precedieron. Esta “pérdida” de elementos novelísticos de ninguna manera provocó una caída en el interés en los lectores. Una centuria más tarde, uno de los continuadores de Altamirano, José Emilio Pacheco —novelista, cultivador del cuento y de la novela corta, diestro artesano del periodismo cultural— se expresa así del maestro:

Fue el primer mexicano que se enfrentó a la novela como obra de arte e intentó resolver técnica y estéticamente los dos problemas simultáneos que entraña el género: escribir y narrar.⁷

6. Ralph E. Warner. *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX*. México, Robledo, 1953. pp. 52-3.

7. José Emilio Pacheco. “Presentación” a *La novela histórica y de folletín*. México, Promexa, 1985. p. XIII (Gran colección de la literatura mexicana).

Al resolver estos dos problemas, Ignacio Manuel Altamirano se convirtió en el modelo de los novelistas posteriores. Para él la novela debía estar dirigida a las masas y ser básicamente un entretenimiento, pero con algo más: crítica, enseñanza, reflexión, testimonio. Vistas a más de un siglo de distancia, sus ideas difícilmente podrían ser más iluminadoras. Citemos un par de párrafos escritos por Ignacio M. Altamirano en *Revistas literarias de México*, en 1868:

La novela hoy, no es solamente un estúpido cuento forjado por una imaginación desordenada que no respeta límites en sus creaciones, con el solo objeto de proporcionar recreo y solaz a los espíritus ociosos, como las absurdas leyendas caballerescas a que vino a dar fin el famosísimo libro de Cervantes. No: la novela hoy, ocupa un rango superior, y aunque revestida con las galas y atractivos de la fantasía, es necesario no confundirla con la leyenda antigua, es necesario apartar sus disfraces y buscar en el fondo de ella el hecho histórico, el estudio moral, la doctrina política, el objeto social, la predicación de un partido o de una secta religiosa; en fin, una intención profundamente filosófica y trascendental en las sociedades modernas. La novela hoy, suele ocultar la Biblia de un nuevo apóstol, o el programa de un audaz revolucionario.⁸

El maestro no dejó de percibir las virtudes pedagógicas del género que iba adquiriendo plena carta de ciudadanía en la república de nuestras letras. La cita anterior y la que sigue fueron transcritas por el mismo Altamirano pocos años más tarde, en el artículo “La literatura en 1870”, publicado en *El Federalista* del 5 de junio de 1871, con el título de “Bosquejos”.

8. Ignacio Manuel Altamirano. *Obras completas XII*. Escritos de literatura y arte. t. I. México, Conaculta, 1988. pp. 230-1.

Quizás la novela no es más que la iniciación del pueblo en los misterios de la civilización moderna, y la instrucción gradual que se le da para el sacerdocio del porvenir. Quién sabe: el hecho es que la novela instruye y deleita a ese pobre pueblo que no tiene bibliotecas, y que aun teniéndolas, no poseería su clave; el hecho es: que entretanto llega el día de la igualdad universal en instrucción, y mientras haya un círculo reducido de inteligencias superiores a las masas, la novela, como la canción popular, como el periodismo, como la tribuna, será un vínculo de unión con ellas, y tal vez el más fuerte.⁹

Conciliador por excelencia y liberal por convicción, Altamirano logró que escritores de las más variadas y encontradas tendencias se reunieran en las páginas de *El Renacimiento*. Maestro de Gutiérrez Nájera y antecesor del Modernismo, inició la creación, ese complejo proceso de escribir y narrar, de cinco novelas cortas; como se mencionó antes, únicamente finalizó tres. Las publica en años sucesivos (de 1870 a 1872), como si se tratara de un relámpago, de una luminosa ráfaga dentro de su obra. En otro orden de ideas, llama la atención que, en medio de sus variadas actividades, el maestro haya dejado que trascurrieran doce largos meses mientras él escribía, revisaba y pulía cada una de estas novelas cortas, inequívoca actitud de respeto hacia el género, en una época en que normalmente se producían extensos, a veces maratónicos novelones en un lapso de tiempo menor. Es obvio que durante esos años no dedicó todo su tiempo a la escritura de cada una de estas novelas cortas, pero resulta claro que cuidó hasta el último detalle de su fragua. Si *Clemencia* es obra de madurez, estas tres noveletas posteriores a ella bien pueden ser consideradas las espléndidas consecuencias, los

9. *Loc. cit.*

frutos de su madurez como narrador, que por desgracia no desarrolló a plenitud debido a otros menesteres. Ciertamente la narrativa le interesaba, al grado de acometió la escritura de otras novelas o novelas cortas, pero sus múltiples ocupaciones y su alta concepción del proceso escritural de una novela, del arte novelístico, no le permitieron proseguir trabajos a los que él sabía que no les estaba prestando la debida atención. En 1873, aparecen los primeros segmentos de “Beatriz”, obra nunca finalizada; de ella sólo se conserva un fragmento de ocho mil palabras, que rebasa las dimensiones del cuento. En 1889 dio inicio a “Atenea”, también dejada inconclusa; póstumamente, en 1935, el público pudo leer el fragmento de quince mil palabras.

Quizá el primer título de “Julia” –“Una noche de julio”– se deba al hecho de que el protagonista, Julián, le cuenta su historia al narrador en una noche lluviosa, seguramente del mes de julio. El título definitivo obedece a que la narración gira en torno a Julia, una muchacha joven, hermosa, culta y decidida que finalmente permanece fiel a su amor por Julián, aunque este se le revele como algo imposible. Ambos, como la inmensa mayoría de los personajes protagónicos de Altamirano, son personas buenas, de una pieza, incorruptibles e incapaces de causar mal a sus semejantes. Sus antagonistas tan sólo sirven, en las ficciones del guerrerense, para confirmar la bondad y la solidez de las figuras principales. “Julia” es un texto perfectamente estructurado, con un final acaso un tanto rápido, pero esa rapidez aumenta el gozo de la lectura. Debido a su dimensión, propia de la novela corta, un género prácticamente desconocido en México durante el siglo XIX, hubo algunos problemas para clasificar y nombrar a *La Navidad en las montañas*: muy breve para novela, muy larga para cuento. Ralph E. Warner no es ajeno a él:

La navidad en las montañas ha hecho titubear a muchos en cuanto a su clasificación: ¿es cuento, cuento largo, novela corta? José Mancisidor, no queriendo prescindir de esta obrita en su tomo de *Cuentos mexicanos del siglo XIX* apela al hecho de que el Maestro mismo usaba el título *Cuentos de invierno* para obras igualmente largas. El encanto de este cuadro de costumbres es tal que nadie quiere omitirlo. Yo francamente la llamo novela. Aunque, a decir verdad, son dos novelas....¹⁰

Warner alude a la problemática propia del género novela corta; pero, como está realizando un estudio sobre la novela decimonónica en México, la llama novela –de la misma forma en que José Mancisidor la consideró cuento para incluirla en su antología *Cuentos mexicanos del siglo XIX*. En otras partes de su estudio, el norteamericano reconoce como novelas cortas a obras de otros autores, como José T. Cuellar y Nervo, por lo que no nos explicamos su desacertada clasificación de *La navidad*.... máxime que reconoce en Altamirano a un autor de “unas movelas cortas notables por su sentimiento genuino”.¹¹ Ciertamente el término “novela corta” aparece en México hasta 1900, pero Warner escribe su estudio justo medio siglo más tarde; algo parecido sucede con Manuel Pedro González, que en su *Trayectoria de la novela en México* la considera “narración corta”. La más curiosa clasificación de esta obra se encuentra en la *Historia de la literatura mexicana* de Carlos González Peña, quien no tiene empacho en llamarla “cuasi novela, o más bien delicioso cuento largo”.¹² John S. Brushwood nunca dice que *La*

10. R. E. Warner. *Op. cit.*, p. 53.

11. *Ibid.*, p. 51.

12. C. González Peña. *Op. cit.* p. 244.

navidad... sea una novela corta, aunque escribe así a propósito de la obra novelística del editor de *El Renacimiento*: "Todas sus novelas (de Altamirano) son cortas y la más corta es 'Julia'".¹³ José Emilio Pacheco, en cambio, la considera una novela corta, el género al que realmente pertenece, en la presentación antes citada.

La navidad en las montañas es el texto más popular de Altamirano, en el cual expresa sus deseos de paz y prosperidad para todos los mexicanos, por encima de sus diferencias religiosas, políticas y sociales, que tantos males le habían causado al país. El texto en varios momentos adopta un tono idílico. Sucede el 24 de diciembre de 1871, cuatro años después de la pacificación de México, tras el triunfo de los liberales. Un soldado y su criado van por las montañas. El uniformado medita y piensa en su pasado, en sus navidades de niño y de joven. Encuentra a un sacerdote español y, venciendo sus recelos, se le acerca. El cura le da la bienvenida y lo invita a pasar la noche en el pueblo donde ejerce sus funciones sacerdotales. Altamirano hace una descripción casi idílica de las actividades propias de la noche más importante del año para los cristianos, transmite la fraternidad y la paz de la celebración y da un digno remate al texto con la declaración de amor de dos jóvenes.

La estructuración de la novela debe haber llamado la atención de sus primeros lectores: los primeros capítulos (sobre todo el I, el II y el III) son muy breves, en cambio el XI es enorme, pues ahí Altamirano describe la cena, los villancicos de Lope de Vega y cuenta la historia de Carmen y Pablo, los jóvenes enamorados. Una de las características de la novela corta es que se desarrolla en un lapso de tiempo breve. *La navidad en*

13. John S. Brushwood, *Op. cit.* p. 190.

las montañas” transcurre en un solo día, más bien dicho una sola noche. En ella no faltan las referencias cultas y, repito, el reiterado deseo de paz y prosperidad para todos los mexicanos a través de la alianza de lo religioso con lo civil, gran deseo de Altamirano, que básicamente plasmó una utopía, como bien ha señalado María del Carmen Millán.¹⁴ Harto conocido es el afán de Altamirano por crear una cultura auténticamente mexicana, por crear un nacionalismo cultural, empresa que se convirtió en el eje de su vida, en este sentido –al contrario de lo que sucede política, económica y socialmente– el maestro de ninguna forma se sentiría decepcionado.

Desde el punto de vista formal, si bien *La navidad en las montañas* primeramente apareció en una publicación periódica, el *Album de Navidad* de 1871, la irregularidad en la extensión de sus capítulos representa un sano distanciamiento de las técnicas del folletín, que tanto abarataron a la narrativa mexicana del siglo XIX. A esta sobriedad, consistente en darle a cada aspecto de la narración el espacio justo y preciso, se suma el tono de reposada satisfacción, de austero júbilo que campea en esta novela corta, obra de crucial importancia en nuestras letras. Manuel Pedro González emite el siguiente juicio con respecto a Ignacio M. Altamirano:

Fue mentor y guía, maestro y elemento aglutinador y estimulador de toda una generación. A nadie, quizás, deba tanto la alta cultura mexicana como a este humilde indio. Su influencia fue

14. Véase el trabajo de María del Carmen Millán, a propósito de la novela *El monedero* de Nicolás Pizarro Suárez y “La navidad en”, “Dos utopías” en *Historia Mexicana*, VIII, 2. México, octubre-diciembre 1957, pp. 87-206.

mayor como maestro, como mentor y como crítico que como creador puro, por más que su contribución a la novela y a la poesía diste mucho de ser desdeñable.¹⁵

En el campo de la novela corta la aportación de Altamirano es mayúscula. Con sus diecinueve mil palabras, *La navidad ...* viene a ser la segunda novela corta mexicana plenamente lograda (la primera sería *Vulcano*), en la cual por primera ocasión aparecen las dimensiones que un siglo más tarde serán peculiares de este género; esto es, una media que va entre las quince y las treinta mil palabras – *Don Catrín de la Fachenda* es un poco menor que una novela; *Vulcano*, apenas mayor que un cuento. Ciertamente, con anterioridad Florencio M. del Castillo había escrito novelas cortas de las dimensiones de *La navidad en las montañas*, pero de un valor lacrimógeno, resbaladizo literariamente hablando.

Los efectos rectores de esta ejemplar pieza no tardaron en manifestarse. Tras la aparición de *La navidad...* en los inicios del último tercio del siglo pasado, resulta lógico, perfectamente explicable, el aumento en el número de buenas novelas cortas, algunas más que sobresalientes, que enriquecieron a la por ese entonces todavía incipiente narrativa mexicana. También el surgimiento de autores de primer nivel, cuya obra novelística se compone primordialmente de novelas cortas, como Amado Nervo y José López Portillo y Rojas. Textos de la maestría y la excelencia de “La novela de un colegial” de Justo Sierra, “El pastor corydón” de Manuel José Othón o la *Historia vulgar* de Rafael Delgado serían impensables sin la influencia de esta obra

15. Manuel Pedro González, *Trayectoria de la novela en México*. México, Botas, 1951. p. 46.

maestra de dimensiones intermedias de Ignacio Manuel Altamirano, que lo mismo les mostró caminos a los cultivadores de la novela como a los de la novela corta.

“Antonia” (1872) es una noveleta que conformaría la primera parte de una supuesta novela que Altamirano nunca concluyó. Aunque se trata de un texto inacabado, el fragmento que conservamos refiere una secuencia narrativa completa, por lo que es considerado una novela corta. Altamirano la sitúa en un ambiente rural, en el año 1847, durante la invasión norteamericana y le da un tono jocoso, de burla contra unas tropas mexicanas que entran en un pequeño poblado alardeando de sus triunfos, cuando en realidad han sido derrotadas, en gran parte debido a que el dictador Santa Anna nombró generales y coroneles a amigos suyos que poco o nada sabían del oficio militar. El narrador tiene amores con Antonia, hija de rico campesino, hasta que un coronel de pacotilla se prenda de ella, la deshonra y finalmente se la lleva consigo. Altamirano deja traslucir su nacionalismo ridiculizando a los pseudo militares y su trasunto, el narrador, sobre quien pesaba la amenaza de ser convertido en el tambor del regimiento, se venga del coronelillo tirándole de pedradas que felizmente dan en el blanco, después huye por el bosque sabiendo que nadie podrá capturarlo. La máxima virtud de esta novelita histórica, que no deja de dar la impresión de obra inacabada, todavía en proceso, es su ironía. Su rasgo más característico residiría en su nacionalismo, una de las marcas tanto de Altamirano como de la novela corta en todo país naciente, que acaba de conquistar su independencia. “Antonia” fue publicada en *El Domingo*, de junio, julio y agosto de 1872.

El primer capítulo de “Beatriz” apareció en 1873, en *El Domingo*; *El artista* publicó los primeros cuatro capítulos en 1874, pero estos no forman una unidad, como en el caso de “Anto-

nia”; Altamirano nunca los continuó. Con el nombre de “Atenea” se conoce un fragmento de novela que Altamirano ensayó en 1889 y fue publicado en 1935, casi seguramente por ser obra de quien señaló rutas a los escritores mexicanos de la segunda mitad del siglo XIX. Si el maestro prefirió olvidarse de ella, buenas razones hubo de tener, mismas que debieron ser respetadas, ya que el texto de marras nada añade a sus altos valores.

Evitando dispersiones y ciñiendo la escritura lo más posible a su objeto, Hilarión Frías y Soto e Ignacio M. Altamirano, el maestro del maestro y el maestro de los novelistas mexicanos del siglo XIX, autores de obras narrativas muy breves, pero de crucial valor para nuestra narrativa, lograron la consolidación de la novela corta en México. Después de sus cuatro noveletas, dos de ellas novelas cortas ejemplares, se escribió un número mucho menor de novelas cortas en México, sobre todo si comparamos la producción posterior a ellas con la habida inmediatamente después a la época de la Independencia, pero la calidad de las nuevas composiciones aumentó de manera significativa. Los escritores habían tomado conciencia de que las “novelitas”, antaño sólo dignas de aparecer en folletines, muy bien podrían llegar a convertirse en piezas maestras, en verdaderas obras de arte.